

19. ¿Cómo podemos caminar sobre el agua?

Siempre pienso en el episodio en el que mi patrón Mauro, obedeciendo a San Benito, consigue caminar sobre las aguas del lago para salvar la vida del pequeño Plácido. Inmediatamente después, Mauro mira hacia atrás y casi se asusta de lo que ha ocurrido. San Gregorio Magno escribe: “En cuanto puso el pie en tierra, volvió en sí, miró hacia atrás y se dio cuenta de que había corrido por el agua, y, lleno de espanto, se asombró de que hubiera sucedido lo que nunca hubiera podido presumir.” (*Diálogos* II,7)

Siempre me alegra y reconforta encontrarme con personas mayores que expresan el mismo asombro cuando miran el recorrido de su vida en el monasterio, en la familia, en cualquier tipo de vocación y misión. Reconocen que el mérito de todo es del Señor de lo imposible que no sólo nos llama, sino que lleva a término, a pesar de todo, con infinita paciencia, el camino de nuestra vocación y misión.

¿Cuál es nuestro mérito? ¿Cuál es nuestra contribución a este milagro?

El episodio de San Mauro nos ayuda a comprender que todo el mérito del hombre es obedecer con confianza, o mejor: confiar hasta la obediencia. Se podría decir que la obediencia es la encarnación de la confianza, de la libertad que confía. Y en esto, la obediencia viene a ser como el motor de la conversión de la vida de la que hablábamos a propósito de la *conversatio morum*. San Mauro hizo un camino imposible corriendo por el camino de la obediencia. Caminó sobre el agua, no llevado por el agua, sino por la obediencia, que, como hemos visto, “no estima nada más querido que Cristo” (RB 5,2). Es decir, caminó sobre el agua llevado, sostenido, por el amor de Cristo. Como San Pedro, por otra parte, cuando caminó sobre el mar para ir a Jesús que le dijo: “¡Ven!” (Mt 14,29)

El episodio de San Pedro caminando sobre las aguas, como para seguir a Jesús a cualquier precio, debemos leerlo precisamente como una parábola de la vida como vocación y de cómo es posible ser fiel hasta el final, sin miedo, aunque muchas veces nos hundamos por falta de fe.

En medio del mar tempestuoso, Jesús sale a nuestro encuentro y nos dice: “¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!” (Mt 14,27). Cada uno de nosotros escucha estas palabras en su corazón cuando percibe su vocación de seguir a Jesús. Toda vocación comienza con la escucha de Jesús que, de mil maneras, nos dice: “¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!”. Pedro escucha esta llamada y, por tanto, tiene motivos para pedir a Jesús: “Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre el agua” (v. 28). Respondemos a la llamada de Cristo porque Él nos atrae hacia sí. El problema no es qué camino tomar, si sobre las aguas o sobre el aire, o quién sabe qué más. A veces es mucho más difícil caminar en la tierra, en nuestra comunidad, a través de las circunstancias de la vida, que caminar sobre el agua. Lo importante es que caminemos para seguir a Jesús, con los ojos y el corazón fijos en su presencia, atraídos por la dulzura de su amor que nos reconforta continuamente: “¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!”

Nos falta fe, como a Pedro –“¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?” (v. 31)–, cuando pretendemos tener otras fuerzas y energías para seguir a Cristo que su persona presente que nos mira y nos ama. La fe significa sacar de Cristo mismo todo el valor, la fuerza, la luz, la paz y la alegría que necesitamos para seguirle, que necesitamos para vivir todos los votos y compromisos de nuestra vocación.

Sólo esta fe nos permite ser fieles a nuestra vocación, sólo esta confianza, alimentada por el mismo Jesús que nos da el Espíritu Santo y su confianza en el Padre, nos permite vivir con alegría y fecundidad los votos y compromisos de nuestra vocación. Sólo esta fe nos lleva a vivir nuestra vocación con asombro, con maravilla, porque siempre somos testigos de lo que Dios hace, de lo imposible que Dios hace suceder en nosotros y a nuestro alrededor, contra toda esperanza humana.

Sin embargo, y esto es esencial para entenderlo y vivirlo, es indispensable que para vivir nuestra vocación, los votos, la conversión que se nos pide, a través de todas las pruebas de la vida, es indispensable entender y experimentar que lo que nos permite hacer este camino sobre las aguas es sólo Jesús que nos llama, que nos mira, que nos conforta.

Imaginemos nuestra vocación como si estuviéramos realmente en el barco o en la orilla. Y aquí se nos aparece Jesús de pie sobre las aguas del mar. Nos dice que no es un fantasma, sino Él mismo. Nos anima a no tener miedo y nos dice: “¡Ven!”. Esto significa que toda nuestra vocación nos pide caminar sobre el agua, de lo contrario no seguimos a Jesús, no caminamos con Él. Así que miramos el agua, que además de todo está un poco revuelta. Y nos preguntamos: ¿cómo voy a poder caminar sobre el agua? ¿Cómo será posible que siga mi vocación, que, en lo que se refiere a la vocación monástica, viva en una comunidad, obedezca a los superiores, viva establemente en un monasterio, renuncie a formar mi propia familia, me desprenda de todos mis bienes, me levante temprano por la mañana para rezar, etc.? ¿Qué me permitirá caminar sobre estas aguas? ¿Quizás la forma de mis pies? ¿O el peso de mi cuerpo? ¿O quizás ciertos tipos de observancias, formas monásticas y litúrgicas? Tal vez debamos intentarlo. Antes de poner el pie en el agua, intento rezar en latín. Pero mi pie se hunde y no es eso lo que me hace caminar sobre el agua. Luego intento rezar en la lengua vernácula, tal vez con guitarras y tambores. Pero ni siquiera esto me hace caminar sobre el agua. Hago la comunión de rodillas sobre mi lengua, y no camino sobre el agua; la hago de pie sobre mis manos, y no camino sobre el agua. Entonces, tal vez sea mi hábito el que pueda ayudarme. Me pongo la capucha, pero no camino sobre el agua. Me quito la capucha y no camino sobre el agua. Para las monjas: me pongo el velo, me lo quito; intento ponerme la cofia y luego me la quito. Pero en ningún caso esto me ayuda a caminar sobre el agua. Tal vez sea el tipo de observancia el que pueda ayudarme. Intento seguir una observancia muy monástica, con mucho recogimiento, silencio continuo, tres horas diarias de lectio divina, largos tiempos de adoración, trabajos manuales... Pero todo esto no me hace caminar sobre el agua. Así que trato de ser más abierto, de no tener

nunca silencio, de hacer trabajo pastoral, escuelas y parroquias, y de salir en cada oportunidad. Pero pongo el pie en el agua y ni siquiera todo esto me hace caminar sobre el agua. En definitiva, los pruebo todos, todos los estilos, todas las tendencias, todas las prácticas y métodos posibles, todas las observancias, estrechas, medias, amplias... Y nada de esto, por sí mismo, me permite caminar sobre las aguas, es decir, seguir la vocación a la que Jesús me llama.

Al final, exasperado, a punto de dejarlo todo y renunciar a caminar sobre las aguas, por lo imposible que resulta, alzo por fin la vista y me doy cuenta de que Jesús sigue ahí, en medio del mar tormentoso, mirándome, amándome, sonriendo y repitiéndome: “¡Ven!”. Y como distraído por esta mirada, por este amor, sin pensarlo, instintivamente, como un joven enamorado, voy hacia Él, me dejo atraer sólo por Él, sin pensar en mis pies, ni en el agua, ni en las observancias. Y entonces, ¡milagro! ¡Sin darme cuenta estoy caminando sobre el agua! ¡Estoy avanzando en mi vocación! ¡Me estoy convirtiendo a la santidad! ¡Mi corazón se expande en el amor de Dios y de mis hermanos!

Entonces comprendo que incluso todas las observancias, las prácticas, las misiones, los estilos de vida monástica, todo es bueno y sirve a la vocación y nos santifica sólo si sirve para que me dé cuenta de que Jesús está ahí para mirarme y llamarme, para confortarme y hacer posible, suscitando mi amor, el viaje imposible, ¡siguiéndole hacia la vida eterna, en el seno del Padre!